



OCHO MIL MILLONES, Un caos

A.J. Stempleton

*Para aquellos soñadores incansables que, página tras página, exploran
nuevas realidades. Gracias por acompañarme en cada relato y por creer en
el poder de las palabras.*

Copyright © 2024 - A.J. Stempleton

Todos los derechos reservados

Contenido

Prólogo	3
Capítulo 1: El Millón de dólares y la Guerra Fría 2.0	4
Capítulo 2: La Guerra de las Desigualdades	6
Capítulo 3: El Caos Inesperado y la Economía en Peligro	9
Capítulo 4: El Colapso de los Millonarios	12
Capítulo 5: El Conflicto y el Último Recurso	15
Otros títulos del autor:	16

Prólogo

En “*Ocho mil millones, un caos*”, dos figuras reconocibles de nuestra era toman el centro del escenario bajo nombres ficticios pero inconfundibles: **Ronald Drump**, presidente de las **Provincias Unidas de Extremoamérica**, e **Ilon Task**, un excéntrico multimillonario que revolucionó el mundo con sus innovaciones tecnológicas.

La historia explora cómo el regalo monumental de Task —un millón de dólares para cada habitante del planeta— desencadena una cascada de consecuencias inesperadas, mientras Drump, con su insaciable hambre de poder, se enfrenta a desafíos internacionales que podrían llevar al mundo al borde del colapso.

Entre conflictos globales, decisiones surrealistas y momentos de puro sarcasmo, esta novela te hará reír, reflexionar y cuestionar la delgada línea que separa la realidad de la ficción.

¿Es esto solo una parodia? ¿O es una mirada irreverente a los tiempos que vivimos? Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia... ¿o no?

Una obra que mezcla ironía, crítica social y un toque de absurdo para cautivar a los lectores más exigentes.

J.M.B.

Capítulo 1: El Millón de dólares y la Guerra Fría 2.0

Ronald Drump, el presidente de las Provincias Unidas —la nación más poderosa del mundo—, fulminaba con la mirada un mapa del mundo desplegado sobre su imponente escritorio de caoba. El mapa, salpicado de anotaciones garabateadas con un rotulador rojo chillón, mostraba una compleja red de alianzas militares y potenciales conflictos. Su corbata, de un rojo aún más intenso, parecía vibrar con la misma energía frenética que emanaba de él. La guerra, esa gloriosa y necesaria guerra contra Rutia y Chena, estaba a punto de comenzar. O al menos, eso era lo que él creía.

En su mente, la victoria era inevitable. Su ejército, el más poderoso del planeta, aplastaría a sus enemigos con una eficiencia brutal y decisiva. Imaginaba los titulares de los periódicos: "Drump, el gran vencedor", "La era de la paz Drumpiana", "El fin del comunismo gracias a la audacia de Drump". Se sentía imbatible, un líder destinado a la grandeza, un hombre elegido por el destino para guiar a su nación hacia un futuro radiante y, sobre todo, dominado por las Provincias Unidas. Ignoraba, por supuesto, las sutiles grietas que comenzaban a aparecer en la fachada de su poder.

Mientras tanto, en una mansión futurista ubicada en un valle aislado de California, Ilon Task contemplaba con una mezcla de asombro y satisfacción la magnitud de su generosidad. Había dividido gran parte de su inmensa fortuna —amasada gracias a sus revolucionarios videojuegos y sus empresas de tecnología punta—, entre todos los habitantes del planeta. Cada persona, independientemente de su nacionalidad o condición social, había recibido un millón de dólares. Un gesto de filantropía sin precedentes, un acto de altruismo que lo había colocado en el pináculo de la admiración mundial.

Sin embargo, la alegría de Ilon se veía empañada por una inquietante sensación de vacío. El dinero, esa fuerza omnipotente que había moldeado su vida, ahora parecía insignificante ante la magnitud de su decisión. ¿Había hecho lo correcto? ¿Había realmente solucionado algún problema o simplemente había creado una nueva serie de desafíos? La respuesta, aún nebulosa, lo perseguía como una sombra.

La noticia de la generosidad de Ilon Task llegó a oídos de Ronald Drump como un golpe bajo, una afrenta a su autoridad. ¿Cómo se atrevía ese excéntrico multimillonario a eclipsar su propia grandeza con un acto de caridad barata? La indignación lo consumía, alimentando aún más su sed de guerra. La decisión de Ilon representaba una amenaza a su plan; la riqueza repentina

dispersa a nivel global podría desestabilizar el orden mundial, creando una anarquía que dificultaría su conquista militar.

Drump, en su paranoia, veía en la generosidad de Task una conspiración. ¿Una conspiración para debilitar a las Provincias Unidas? ¿Un plan orquestado por Rutia y Chena para socavar su poderío militar? Las posibilidades se amontonaban en su mente, alimentando su ira y su determinación de iniciar la guerra.

Mientras el mundo se tambaleaba entre la euforia de la inesperada riqueza y el temor a una guerra mundial, Ronald Drump e Ilon Task, dos figuras aparentemente antagónicas, se encontraban en un punto de inflexión. Sus decisiones, aparentemente dispares, estaban intrínsecamente ligadas, tejiendo una compleja red de consecuencias que afectarían el destino de la humanidad. La guerra estaba a punto de comenzar, pero la verdadera batalla, la batalla por el alma del mundo, recién comenzaba. El millón de dólares, un regalo inesperado, se convertía en una pieza clave en un tablero de ajedrez geopolítico donde las reglas del juego estaban a punto de cambiar para siempre. La pregunta era: ¿quién saldría victorioso en esta nueva y peligrosa partida?

Capítulo 2: La Guerra de las Desigualdades

En las semanas que siguieron al histórico anuncio de Ilon Task, el mundo pareció entrar en una especie de frenesí colectivo. La promesa de riqueza universal había despertado una extraña mezcla de esperanzas y miedos. No era sólo que cada ser humano hubiera recibido un millón de dólares de la noche a la mañana; era que esta abundancia repentina había trastocado completamente el orden social. En países de todos los continentes, la gente se apresuraba a realizar compras extravagantes y a perseguir sueños de consumo que antes parecían inalcanzables.

Ilon observaba desde su mansión futurista en Calipornia cómo su gran experimento cobraba vida en una escala inimaginable. Las noticias mostraban a gente renunciando a sus trabajos, abandonando las oficinas, las fábricas y los puestos de servicio. Nadie quería seguir haciendo tareas que antes realizaban sólo por necesidad. Las calles de las ciudades estaban abarrotadas de coches deportivos nuevos, y los hoteles y resorts de lujo estaban reservados con años de anticipación. Task, al principio complacido, pronto comenzó a preocuparse por las consecuencias a largo plazo de su decisión. Aquella visión utópica de una sociedad libre de necesidades económicas parecía resquebrajarse poco a poco.

En un discurso público, Ilon intentó explicar sus intenciones de repartir la fortuna. Creía sinceramente que, al aliviar la presión financiera, las personas podrían dedicarse a desarrollar sus talentos y buscar sus verdaderas pasiones. Soñaba con un renacimiento cultural y creativo donde los científicos, artistas y pensadores pudieran contribuir al progreso humano sin la carga del dinero. Pero la realidad, como rápidamente descubrió, era mucho más complicada. En lugar de florecimiento, había caos. En vez de ingenio y creatividad, había confusión y egoísmo. Ilon Task comenzaba a preguntarse si, en lugar de liberar a la humanidad, simplemente la había condenado a un frenesí hedonista.

Mientras tanto, en el despacho presidencial de las Provincias Unidas, Ronald Drump seguía atentamente las noticias. Observaba, con una mezcla de desprecio y envidia, el caos que había desatado el “gran regalo” de Ilon Task. Había esperado que aquella fortuna universal desatara un resurgir de patriotismo, una fiebre de inversión en la propia nación. Sin embargo, lo que veía era una sociedad enloquecida, sin rumbo, que parecía haber olvidado cualquier lealtad. Para Drump, esto no era una coincidencia; todo era parte de una conspiración. Estaba convencido de que Rutia y Chena, sus rivales en la arena global, se estaban beneficiando de la desestabilización. Había que actuar, y rápidamente.

Mientras tanto, en las Provincias Unidas, la súbita riqueza generaba divisiones internas. Aunque la fortuna de Task había alcanzado a cada persona, las estructuras de poder no estaban diseñadas para esta nueva realidad. La inflación comenzó a dispararse a niveles estratosféricos: los bienes básicos, aquellos que antes podían adquirirse con facilidad, ahora estaban fuera del alcance. Las empresas cerraban porque sus empleados ya no querían trabajar; los bancos intentaban desesperadamente encontrar formas de estabilizar una economía que se

tambaleaba al borde del abismo. Las desigualdades, lejos de desaparecer, parecían más evidentes que nunca, alimentando resentimientos.

En su fuero interno, Drump reconocía que debía dar una respuesta contundente. “Provincias Unidas no debe arrodillarse ante nadie”, repetía a sus asesores y generales, siempre fiel a su estilo imponente. La solución a todos los problemas, pensaba, estaba en una muestra de fuerza internacional. Creía que si las Provincias Unidas proyectaban su poder y reafirmaban su supremacía, su gente volvería a centrarse y la economía podría estabilizarse. “La grandeza de un país”, proclamaba, “no se mide por su riqueza, sino por su capacidad de influir y dominar en el escenario global”.

Drump había preparado un discurso para la televisión nacional, uno que, según él, devolvería la esperanza a su gente y reafirmaría la fe en la nación. Mientras la cámara lo enfocaba, sus ojos brillaban con una intensidad inusitada. Con cada palabra, enfatizaba que las Provincias Unidas se enfrentaban a una guerra económica, una guerra silenciosa que sólo podía ganarse mediante un enfoque audaz y patriótico. Declaraba, casi como un acto de fe, que las acciones de Ilon Task y la abundancia repartida, aunque bien intencionadas, habían abierto una grieta en el sistema que sólo él podía cerrar.

“La generosidad no es suficiente. Es la disciplina lo que forja el carácter de una nación fuerte”, dijo, mirando fijamente a la cámara. Con esta afirmación, propuso una serie de reformas inmediatas, incluyendo controles sobre el gasto individual y un programa de “movilización patriótica” en el que, básicamente, se exigía a la gente que regresara a sus empleos para preservar la estabilidad del país.

Sin embargo, esta declaración fue recibida con escepticismo. Algunos veían a Drump como el último bastión de orden en un mundo desquiciado, pero otros lo percibían como un dictador que intentaba capitalizar el caos. Las manifestaciones en las Provincias Unidas comenzaron a aumentar, y las redes sociales se inundaron de críticas y burlas hacia Drump, a quien muchos acusaban de aprovecharse del miedo para consolidar su poder.

En una respuesta inesperada, Ilon Task publicó un video en el que defendía su decisión y criticaba abiertamente las políticas de Drump. Afirmó que su donación había sido un acto de esperanza y que los problemas actuales no eran culpa del dinero, sino del sistema en sí. “El problema no es que la gente tenga dinero”, dijo, “sino que nunca han tenido la libertad de imaginar una vida sin miedo a perderlo”.

Esto provocó una reacción inmediata en el gobierno de las Provincias Unidas. Drump se enfureció al escuchar las declaraciones de Task y prometió que tomaría medidas en contra de “los traidores de la estabilidad”. Ordenó que se investigara a Task por supuesta conspiración económica y puso en marcha una operación diplomática para restringir las acciones de sus empresas en el extranjero.

Mientras los líderes de Rutia y Chena miraban la crisis en las Provincias Unidas con interés, el mundo se encontraba cada vez más polarizado. Los ciudadanos comunes, sin embargo, se debatían entre la ansiedad y la esperanza. La guerra estaba cada vez más cerca, y la incertidumbre del futuro pesaba sobre todos. ¿Sería la riqueza universal el preludio de una era de paz o el catalizador de un conflicto global sin precedentes?

Drump, decidido a ganar la batalla en su propio país, intensificó su discurso beligerante y fortaleció sus alianzas militares. La paz, según él, sólo se conseguiría con la dominación total de

las naciones “rebeldes” que amenazaban su poder. Pero Task, seguro de que la humanidad podía encontrar su propio camino, seguía alentando a la gente a imaginar una vida sin líderes autoritarios.

La tensión estaba en su punto máximo. Las decisiones de ambos líderes, tan distintas y antagónicas, trazaban una línea en el suelo de la historia. ¿De qué lado se pondría la humanidad?

Capítulo 3: El Caos Inesperado y la Economía en Peligro

Ronald Drump se encontraba cada vez más impaciente en la Casa Suprema, observando cómo las Provincias Unidas se desmoronaban. A pesar de su deseo de ver un control absoluto, el caos y la confusión inundaban las calles. Había subestimado las consecuencias del acto de Ilon Task, quien, al regalar su fortuna a cada habitante del planeta, había desencadenado una serie de eventos que ni siquiera los mejores analistas de su administración podían prever. El sistema económico global, que antes era predecible y estable, ahora era un volcán a punto de estallar.

Cada ciudadano, de todas las naciones y regiones, ahora tenía un millón de dólares en sus manos. Para algunos, el dinero representaba una liberación; para otros, una oportunidad para cambiar sus vidas. Sin embargo, nadie había previsto los efectos colaterales de tanta riqueza distribuida de manera tan repentina y sin ningún control. Las fábricas y comercios pequeños empezaron a cerrar a medida que sus empleados, creyéndose millonarios, renunciaban en masa. ¿Por qué trabajar, si ahora eran ricos? Las ciudades se sumían en un vacío absoluto mientras los servicios básicos comenzaban a decaer.

En un intento desesperado por detener el colapso, Drump había ordenado una cadena nacional en la que instaba a los ciudadanos de las Provincias Unidas a retomar sus empleos. Pero sus palabras fueron recibidas con indiferencia y, en algunos sectores, incluso con burla. Los ciudadanos, cegados por el espejismo de su nueva riqueza, creían que podían permitirse no volver al trabajo. Sin embargo, Drump sabía que la economía dependía de una cadena compleja que ahora se rompía en todos sus eslabones. La inminente guerra que planeaba con Rutia y Chena, que antes consideraba inevitable y gloriosa, comenzaba a parecerle inalcanzable sin una economía funcional que sostuviera su poderío militar.

Mientras tanto, Ilon Task observaba desde su mansión futurista en Calipornia los efectos de su acto de generosidad. Había querido liberar al mundo de la esclavitud del dinero, pero el caos parecía haber sido la única respuesta a su ambicioso sueño. Se había convertido en un héroe para millones de personas, pero sus acciones parecían haber desencadenado una crisis global sin precedentes. Los sistemas de salud, los servicios de transporte, los suministros de alimentos y otras industrias esenciales estaban al borde del colapso, ya que sus trabajadores se retiraban para "disfrutar de la vida" con su recién adquirida fortuna.

Ilon comenzó a cuestionarse si había cometido un error. La visión que había tenido de un mundo sin desigualdades económicas, donde todos tendrían la libertad de decidir su destino, ahora se veía empañada por las noticias de ciudades enteras paralizadas y servicios públicos al borde de la desaparición. Lejos de ser una utopía, el mundo parecía estar sumido en una pesadilla. Sin embargo, Task creía que el cambio llevaba tiempo, y que la humanidad eventualmente encontraría un equilibrio. Pero el tiempo era un lujo que los gobiernos no podían permitirse.

Por otro lado, en el despacho de Drump, las reuniones se volvían tensas y desesperadas. Sus asesores y estrategas financieros le advertían que, si el caos continuaba, el sistema financiero de las Provincias Unidas colapsaría en menos de un mes. Los bancos se encontraban saturados de dinero pero sin capacidad de emplearlo, y la inflación disparada amenazaba con convertir el millón de dólares en una simple cifra sin valor. Ronald Drump, cada vez más desesperado, lanzó una orden impensada: congelar las cuentas bancarias de aquellos ciudadanos que se negaran a trabajar.

Al principio, la medida fue aplaudida por algunos sectores de la sociedad, que veían en ella una solución para frenar la crisis laboral. Pero pronto se convirtió en un detonante de protestas y disturbios en las calles. Los ciudadanos de las Provincias Unidas no estaban dispuestos a que Drump les arrebatara lo que consideraban legítimamente suyo. Miles de manifestantes se concentraron frente a la Casa Suprema exigiendo libertad económica y su derecho a decidir qué hacer con su dinero. Ronald Drump, acostumbrado a tener el control total, se encontraba en una situación de la que no podía salir con sus tradicionales discursos.

Las tensiones aumentaron, y las Provincias Unidas comenzaron a dividirse en facciones. Algunos ciudadanos querían regresar a la estabilidad de antes, creyendo que el millón de dólares había sido un espejismo que arruinaba sus vidas. Otros, sin embargo, insistían en la idea de una libertad absoluta, considerando que el dinero les había dado una oportunidad única para redefinir sus vidas fuera del sistema opresivo en el que habían vivido.

Mientras Drump luchaba por mantener el control, el caos no era exclusivo de las Provincias Unidas. En otras partes del mundo, las tensiones entre ciudadanos y gobiernos se intensificaban. Los gobiernos de Rutia y Chena, enemigos tradicionales de Drump, estaban experimentando problemas similares en sus propios países. A diferencia de Drump, sin embargo, Rutia y Chena decidieron tomar medidas aún más drásticas. En lugar de intentar persuadir a sus ciudadanos de regresar al trabajo, decretaron que la riqueza distribuida por Ilon Task era ilegal y la confiscaron, tratando de restaurar el orden mediante la fuerza.

La noticia llegó a oídos de Drump, quien sintió una mezcla de desprecio y envidia. Aunque odiaba a los líderes de Rutia y Chena, no podía evitar pensar en su habilidad para reprimir la crisis. Pero Drump no tenía el mismo control sobre su pueblo, y cualquier intento de retomar el dinero de sus ciudadanos sólo lo debilitaba políticamente. Aun así, Ronald Drump estaba decidido a no rendirse. En su mente, la guerra contra Rutia y Chena sería la única manera de unificar a su pueblo bajo un enemigo común y restaurar su autoridad. Si lograba llevar a las Provincias Unidas a la guerra, el caos interno se vería opacado por una causa mayor.

Mientras Drump aceleraba sus planes bélicos, Ilon Task enfrentaba sus propios dilemas. Aunque había buscado la libertad de la humanidad, ahora veía el precio de su acto de generosidad. Ilon se encontraba en una encrucijada: interferir para restaurar el orden o quedarse al margen y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. En su mansión de California, comenzó a idear un nuevo plan, uno que pudiera salvar a la humanidad del caos que él mismo había creado. Sabía que cualquier paso en falso podría empeorar la situación, pero quedarse sin hacer nada ya no era una opción.

El mundo, entre el caos económico y la amenaza de una guerra sin precedentes, estaba al borde de una transformación profunda. Ronald Drump e Ilon Task, dos figuras aparentemente opuestas, se veían cada vez más enredadas en una red de decisiones que podían definir el futuro de toda la humanidad. ¿Qué camino tomarían? ¿Y a qué costo? En un mundo que tambaleaba

al borde de la anarquía, el tiempo para tomar decisiones se agotaba, y los errores de cada personaje podrían ser el último paso hacia un desastre irreversible.

Capítulo 4: El Colapso de los Millonarios

La noticia del “Regalo de Task” seguía extendiéndose como un reguero de pólvora, revolucionando cada rincón del planeta. En los primeros días, la euforia colectiva y la sensación de poder adquisitivo inmediato habían nublado cualquier otra preocupación. Pero, como era de esperarse, el entusiasmo inicial empezó a desmoronarse ante la realidad de lo que un millón de dólares significaba cuando cada habitante del planeta tenía la misma cantidad.

En las Provincias Unidas, Ronald Drump estaba en una encrucijada. La inesperada riqueza global había tambaleado su frágil plan de dominación mundial y alterado drásticamente la economía nacional e internacional. Los efectos secundarios de aquella súbita inyección de capital personal resultaron devastadores. Cada ciudadano se había vuelto, en teoría, millonario, y la consecuencia más inmediata fue el abandono masivo de empleos. Los conductores, maestros, médicos, barrenderos, todos habían decidido que, con su millonaria cuenta bancaria, era hora de vivir la vida sin preocupaciones.

“¡Ilon Task es una amenaza para la economía y la estabilidad mundial!” bramaba Drump en una conferencia de prensa. La histeria era palpable; las tiendas de lujo estaban abarrotadas, las propiedades inmobiliarias se vendían a precios ridículamente inflados, y los bancos, abrumados, ya no sabían cómo manejar el exceso de dinero en efectivo circulando. Las calles, una vez ordenadas y llenas de actividad, se convertían en caos. Los servicios básicos empezaron a fallar: el transporte público colapsó, los hospitales se quedaban sin personal, y las escuelas, vacías, reflejaban la decadencia de un sistema que no había previsto una catástrofe tan única.

Drump, con su conocido temperamento explosivo, convocó a una reunión de emergencia en la Sala de Crisis, una imponente cámara subterránea donde el presidente se rodeaba de sus asesores y de los principales líderes de seguridad nacional. Los presentes compartían una expresión de alarma mientras escuchaban al presidente, quien, rojo de ira y frustración, enumeraba las posibles amenazas que esta nueva realidad suponía para su ansiado proyecto de guerra.

—¡Este es un acto de sabotaje económico! —proclamaba Drump, golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡El mundo entero se ha vuelto millonario, y ahora nadie trabaja! ¡La maquinaria que mueve a las Provincias Unidas está detenida!

Uno de sus consejeros más cercanos, el General Sullivan, tomó la palabra.

—Señor Presidente, deberíamos considerar tomar acciones directas contra Task. Esta... “generosidad” irresponsable ha destruido las bases de la economía de nuestro país y, con ello, nuestras defensas.

Las palabras del general resonaron con fuerza. Drump, siempre ávido de una razón para iniciar un conflicto, vio en ello la excusa perfecta. La guerra contra Rutia y Chena, ya en proceso, ahora podía extenderse a una nueva figura: Ilon Task, el multimillonario que, con un solo movimiento,

había dejado a las Provincias Unidas vulnerables. Drump veía una oportunidad de oro, pero también un desafío titánico. Aún así, el presidente jamás fue de los que se acobardaban ante los retos.

Mientras tanto, en California, Task seguía envuelto en una mezcla de satisfacción y preocupación. Por un lado, observaba con satisfacción cómo, en varias partes del mundo, pequeñas comunidades y familias celebraban su recién adquirida fortuna. Veía los noticieros que transmitían cómo aldeas empobrecidas habían logrado construir nuevas infraestructuras, escuelas y hospitales. Sin embargo, a nivel global, las repercusiones eran menos alentadoras. Muchos países veían cómo sus economías, diseñadas para depender de la labor diaria de millones, no podían sostenerse ante un éxodo masivo de trabajadores.

Task empezó a recibir visitas y llamadas de líderes globales desesperados, pidiéndole que interviniera para “revertir” su regalo. Pero el multimillonario era firme en su posición: la humanidad debía aprender a adaptarse a esta nueva era. Él creía que su acto de generosidad forzaría a las naciones a cambiar sus sistemas económicos, quizás hacia algo más equitativo y sostenible.

Drump, por supuesto, no compartía esta visión. El presidente de las Provincias Unidas no estaba dispuesto a “adaptarse”. En su opinión, el caos desatado solo se resolvería mediante la fuerza.

Esa misma noche, Drump dirigió una transmisión televisiva a nivel nacional, dirigiéndose no solo a los ciudadanos de las Provincias Unidas, sino a todo el mundo.

—Ciudadanos de las Provincias Unidas y del mundo, estamos en guerra. La riqueza de Task es una trampa, una traición a nuestra nación, una estrategia diseñada para desestabilizarnos y dejarnos vulnerables. Pero no nos quedaremos de brazos cruzados. Tomaremos el control, restauraremos el orden y nos enfrentaremos a cualquier enemigo, externo o interno, que amenace nuestra nación.

La transmisión, llena de retórica y fervor, no tardó en viralizarse. Drump había declarado una especie de guerra indirecta contra Task, tachándolo de traidor a la civilización y poniendo en duda la moralidad de su acto de “generosidad”. Al escuchar las declaraciones del presidente, Task sintió una mezcla de rabia y angustia. En ningún momento su intención había sido desestabilizar al mundo; al contrario, él creía que estaba dándole a la humanidad una oportunidad única para construir un futuro diferente. Sin embargo, Drump parecía decidido a interpretarlo de la manera más incendiaria posible.

Las tensiones aumentaron en todo el planeta. En varias ciudades de las Provincias Unidas, grupos de personas enfurecidas empezaron a protestar frente a oficinas gubernamentales, exigiendo que el gobierno impusiera algún tipo de control sobre la repentina riqueza global. Las demandas iban desde el regreso obligatorio al trabajo hasta la intervención del gobierno en la economía para restablecer los servicios esenciales. Sin embargo, cada paso que tomaba Drump parecía solo empeorar la situación.

A medida que las protestas crecían, el presidente comenzó a implementar medidas de emergencia, como la imposición de toques de queda y el despliegue de fuerzas armadas para mantener el orden. La nación más poderosa del mundo empezaba a sentir los efectos de un colapso autoinfligido. Sin embargo, la guerra que Ronald Drump tanto anhelaba aún se mantenía en un estado latente. Rutia y Chena parecían esperar pacientemente el momento adecuado para intervenir.

Al final de aquella semana caótica, Task, observando cómo el mundo se debatía entre el caos y la adaptación, escribió un mensaje en sus redes sociales:

“Mi regalo no era un fin, sino un comienzo. La humanidad debe encontrar la manera de reinventarse, de avanzar. No era mi intención causar sufrimiento, sino darles la libertad para decidir su propio destino. La pregunta es: ¿qué harán con esa libertad?”

El mensaje de Task, para algunos, sonó como un desafío. Para otros, como una advertencia. Pero, sin importar cómo se interpretara, su mensaje sería el preludio de una transformación global que el mundo jamás olvidaría.

Capítulo 5: El Conflicto y el Último Recurso

Mientras el caos continúa extendiéndose por el mundo, Ronald Drump, presidente de las Provincias Unidas, convoca a su círculo de asesores y generales. La crisis económica y social generada por la repentina riqueza distribuida por Ilon Task ha escalado de forma incontrolable....

Continúa leyendo este libro en : <https://a.co/d/b1ISZW>

Otros títulos del autor:

[1. Sombras de AnarKía](#)

[2. Los Olvidados](#)

[3. Más allá del velo](#)

[4. Sin Cruz](#)

Otras muestras y todo el mundo Stempleton en:

<http://www.ajstempleton.com>